

ANDRÉ SALMON

LA APASIONADA
VIDA DE MODIGLIANI

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE MANUEL ARRANZ

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *La vie passionnée de Modigliani*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Herederos de André Salmon
© de la traducción, 2017 by Manuel Arranz Lázaro
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-16748-50-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 13 878-2017

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Nota del autor</i>	9
-----------------------	---

PRIMERA PARTE

I. «¡Modi!... ¡Ábreme la puerta!»	13
II. Cuando Mascagni tenía veinte años	17
III. La jornada veneciana	29
IV. Rue Laffitte con el sabor de antaño...	45
V. Gilberte desnuda y un chato de tinto	60
VI. Oh, peregrinos que soñando vais...	76
VII. ¡Beber!	81
VIII. «Inferno» y «Paradiso»	87
IX. El tiovivo del diablo	91
X. Historias del arte	107
XI. De la Butte Montmartre al palacio del Louvre	127
XII. Los etruscos de la rue Turgot	142
XIII. Toda vida es un escándalo	156
XIV. Ven a Montparnasse	159

SEGUNDA PARTE

I. La paleta y la guitarra	179
II. Thérèse en casa de Rosalie	198
III. El ladrón de piedras	217
IV. Los días felices de la cité Falguière	226
V. Metamorfosis	247
VI. Como Dios en Francia	249
VII. ¡Habrà una escabechina!... o la guerra en Montparnasse	266
VIII. La promesa de París	286

TERCERA PARTE

I. La dama de Londres	293
II. Beatrice es nombre de guía	308
III. ¡La obra, por fin!	319
IV. Aquella que va a aparecer	337
v. Noix de Coco levanta la mirada	349
VI. Un <i>connaisseur</i>	369
VII. El dinero de los olivos	373
VIII. Esa pareja en la noche	398
XI. Enterradlo como a un príncipe	408
x. Una palma de luz	418
<i>Notas del traductor</i>	422

«¡MODI!... ¡ÁBREME LA
PUERTA!»

—¡Modigliani!... ¡Abre!... ¡Ábreme la puerta!... ¡Abre, soy yo..., Ortiz..., Ortiz de Zárate!... Amedeo!... ¡Modi!... ¡Abre!... Sé que estás ahí... Jeanne, ¿estás tú también...? ¡Modi!... ¡Abre, por Dios!... ¡Jeanne!... ¡Modi!... Sé que estáis ahí, los dos... ¡Abrid!... ¡Abre!... Modi, Amedeo, ¡Modigliani!

Puñetazos y violentas patadas acompañaban el angustioso grito cuarteando la madera de la puerta pero sin conseguir forzarla.

—¿Qué significa todo este alboroto?... ¡Ah! Es usted, señor Ortiz. Le he oído desde arriba, donde estaba terminando de repartir el correo... ¿Qué sentido tiene gritar y dar golpes de ese modo? ¿No ve que no hay nadie?

—¡Ay de mí!

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que estoy muy asustado. Quiere decir que creo, que estoy seguro de que Modigliani está ahí y por consiguiente si no abre... ¡Modi!... ¡Abre, abre!... Abre, soy yo, Ortiz, tu viejo amigo...

A la siguiente patada a la puerta, la portera se enfada:

—¡Ah! No, ya basta, no empiece otra vez... ¿No habrá tomado un poco de *jachís*, señor Ortiz?

—No, señora, no he tomado hachís.

—A veces él lo toma.

—Si hubiera tomado le escucharíamos reír, o al menos armar barullo..., a menos que...

—A menos que no esté ahí, sencillamente. No se imagine cosas antes de estar seguro.

—Es al revés, antes de estar seguros es cuando hay que imaginarse las cosas, como usted dice.

—¿No ha preguntado por él en la Rotonde, por ejemplo?

—Por supuesto que he preguntado, en la Rotonde y en el Dôme. Hace ya tres días que no lo ha visto nadie. Y usted, ¿cuándo lo ha visto por última vez?

—Tal vez también desde hace tres o cuatro días, pero no sería la primera vez que se diera un garbeo, llevándose a la pequeña..., o quizá la pequeña, que no sabemos a ciencia cierta si vive aquí, quiero decir con él, se ha ido unos días con su familia. Suele hacerlo. Y el señor Kisling, ¿tampoco le ha visto?

—No lo sé. He pasado un momento por la rue Joseph-Bara, pero Kiki no estaba en su estudio...

—Pues ya ve, todo el mundo puede salir de casa.

—Sí, pero uno tiene que saberlo. Kisling ha salido con Zborowski...

—El marchante del señor Modigliani.

—Sé adónde han ido y Paulette ha ido a buscarlos. Tiene que traerlos aquí.

—¿Paulette?

—Usted la conoce; la pequeña que Zborowski y su mujer trajeron de Bretaña y que ha venido a posar para Modigliani.

—¡Ah! Sí, la recuerdo. Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—¿No tiene un duplicado de la llave del estudio?

—Pero ¡qué se imagina! Esto no es un apartamento.

—En ese caso voy a echar la puerta abajo.

—¿Está seguro de que puede hacer una cosa así?

—Me trae sin cuidado...

¡Bum!

—Tenga en cuenta que es usted extranjero... y probablemente no es muy fuerte.

—Estoy nacionalizado...

¡Bum!

« ¡MODI!... ¡ÁBREME LA PUERTA! »

—Ya se lo decía yo..., no es tan fácil..., se está esforzando en vano.

—¡Hombre, Víctor! Ven a echarme una mano, por favor.

Víctor era el dependiente del carbonero de enfrente. Acababa de subir un saco de antracita al tercero después de haber llevado un capazo de leña al cuarto, pues eran los días más fríos de enero de 1920.

—¿Una mano para qué, señor Ortiz?

—Para echar la puerta abajo.

—¿Ha pasado alguna desgracia?

—Eso temo.

La portera interviene:

—Eso le puede crear problemas a Víctor.

—Déjeme hacer. Voy a empujar con todas mis fuerzas y, tú, Víctor, que eres más fuerte, me empujas a mí... ¡Con todas tus fuerzas, Víctor!

La portera aventura ante tanta insistencia:

—Problemas... y si el señor Modigliani no está realmente en su casa y al volver se encuentra la puerta rota, en caso de que lo consigan, los problemas los van a tener con él...

—Usted no sabe lo que dice... ¡Problemas!... ¡Siempre hay problemas con Modigliani! Pero ¿qué coño importa eso si es mi amigo?... ¿Estás listo, Víctor?

—Sí, pero hagámoslo al revés de como usted dice. Yo empujo la puerta y usted me empuja a mí todo lo que pueda. ¿Listos?

—¡Listos!

¡Bum!

¡Bum!

—¡Ya está!

—¡Oh!

—¡Ah!

—¡Es espantoso!

—¡Vaya! ¡Mierda!—exclamó Victor.

Kisling y Léopold Zborowski llegaban con la pequeña Paulette en ese momento.

CUANDO MASCAGNI
TENÍA VEINTE AÑOS

Sería exagerado decir que en 1884 Livorno carecía de hombres representativos. A Livorno le bastaba con tener hombres considerables.

Más que de algún escudo heráldico en el frontón de algún viejo palacio, la ciudad estaba orgullosa de los deslumbrantes letreros con los nombres de las grandes familias de comerciantes. Generalmente el respeto por la letra de cambio era mayor que el culto a las bellas letras.

Desde que un gran duque de Toscana había dejado de residir en Livorno, era la Bolsa, no lejos del barrio popular de la Venezia, se había constituido en el centro de atracción de los notables. Lejos quedaba la época en que Cosme de Médici, empeñado en dar a la Toscana una salida al mar, emprendió la transformación de un pueblo en una ciudad importante, en un puerto cuya actividad estaría asegurada por el trabajo y la mundología de los más osados aventureros; proscritos de todos los países, armenios, griegos y judíos fueron los primeros en acudir. Los turcos y los albaneses fueron también, y levantaron mezquitas entre las iglesias, no lejos de las sinagogas. A estas construcciones religiosas la nueva ciudad debió su aspecto pintoresco que triunfa hoy en día en la arquitectura industrial, esa arquitectura utilitaria que es lo que mejor saben hacer los inquietos constructores del modernismo.

Está claro, Livorno no es una ciudad artística. Los únicos turistas extranjeros que atrae son algunos bonapartistas tardíos que vienen a cumplir su sueño en el embarcadero de Piombino, donde cogen el barco a la isla de Elba; dos viajes al día. También hay un viaje semanal desde el mismo puerto de Livorno.

Gran centro industrial y comercial, importante por sus fundiciones de acero, sus herrerías, sus astilleros navales y más orgullosa de su puerto en plena prosperidad que de sus playas de Ardenza y de Antignano, Livorno prepara a sus jóvenes para el bello oficio de oficiales de marina, así como para las diversas carreras de los negocios relacionados con la navegación. La gran industria encuentra en la misma ciudad a sus ingenieros. Garantizando la renovación de sus ejecutivos, la laboriosa ciudad proporciona también los efectivos. A la llamada de la patronal acuden obreros cualificados y mano de obra hábil en un lugar donde no se sabe lo que es un *lazzarone*, un vagabundo napolitano.

Si los herreros, los comerciantes, los especuladores, los agentes de seguros y todos aquellos cuya fortuna depende de los tejemanejes del puerto tienen más o menos consideración por la estatua de Fernando I, obra de Bandini, erigida frente al mar, así como por los últimos grandes duques de la Toscana, Fernando III y Leopoldo II, lo mismo que por el monumento a la gloria de Victor Manuel II, pasan en cambio con bastante indiferencia ante la estatua del pintor Giovanni Fattori.

Los burgueses de Livorno, que aquella mañana del 12 de julio de 1884 reconocían al pasar a aquel joven nacido en su ciudad que había vuelto de Roma la víspera para las vacaciones, aquel joven de veinte años que merodeaba por el puerto con un cilindro de música en la mano mientras escuchaba las conversaciones de los marineros, de los mozos de cuerda y de los pobres diablos a la espera de que la fortuna les sonría, no están lejos de pensar que un hijo de buena familia livornesa es bastante tonto, si no culpable, por perder su tiempo en pamplinas, cuando asuntos serios reclaman la atención de tantas personas de buena voluntad. Sin duda los burgueses de Livorno son demasiado italianos como para no ser sensibles a esa música que el cielo

ha concedido a su patria. Para convencerse no hay más que ver las entradas del Teatro Rossini. Pero ¿acaso no hay bastante gente ya, de Piamonte a Sicilia, para garabatear pentagramas? Si ahora los hijos de las familias respetadas, auténticos desertores de los establecimientos ancestrales, se dedican a lo mismo, ¿adónde iremos a parar?

Resumiendo, nadie en Livorno se toma en serio al joven Pietro Mascagni cuyas primeras obras, que todo el mundo ignora, preludian lo que un día le proporcionará, junto con la fama, una fortuna semejante a la de sus compatriotas dedicados a los negocios: *Cavalleria rusticana*.

Mientras Pietro Mascagni se pasea, fundiendo en una armonía los gritos de la calle y del puerto, las sirenas de los barcos, los relinchos de los caballos de tiro, los gritos de los comerciantes y hasta una ráfaga de viento de verano, una madre trae un niño al mundo. ¿Quién es ese niño? Un hermoso niño que la matrona considera robusto, un hermoso hijo que su madre podrá contemplar con orgullo, sobre todo el día que se abran por completo dos ojos tan profundos que absorberán toda la luz del mundo.

El niño viene al mundo en una de las numerosas familias judías de Livorno, aunque con un apego moderado a las tradiciones mosaicas. Eso es lo que permitirá que al recién nacido se le ponga el nombre de los príncipes italianos de Saboya y de Cerdeña; y así, la mañana siguiente al 12 de julio de 1884, Amedeo Modigliani es inscrito en el registro civil.

Sin que ninguna señal lo anuncie todavía, en la deslumbrante confusión del sol y del mar, de la luz y de la marea, un gran y trágico destino da comienzo.

Todo lo que se ha escrito hasta ahora sobre los orígenes de Amedeo Modigliani es inexacto.

Aquellos que se han engañado mientras nos engañaban tienen excusa. Han escrito demasiado pronto, demasiado

cerca de la muerte, y por lo tanto de la vida, del valiente artista hundiéndose en los abismos. Todo sin concederse el tiempo para una fidedigna información. Por lo demás, la personalidad aventurera de Amedeo invitaba mucho a fabular, y los cronistas, inclinados por naturaleza a especular con la extravagancia de los hechos, han disfrutado, con la mejor buena fe del mundo, con sus extravíos.

Han escrito, por ejemplo, que el padre de Amedeo había sido banquero, un banquero en bancarrota hasta el instante del nacimiento del pintor. Hablando de ese padre, un abogado de Livorno, el letrado Giuseppe Funaro, consagrado a la memoria del gran artista, me dijo: «Cuando lo conocí, era un pequeño comerciante».

Fue el único hermano superviviente de Amedeo, el ingeniero Umberto Modigliani (Umberto, una vez más un nombre de rey), quien pronto será octogenario, quien nos concretó: «Nuestro padre compaginaba el comercio de las pieles con el del carbón».

Un modesto negocio en un Livorno en pleno crecimiento industrial.

¿Cómo no intentarlo de nuevo? La crónica equivocada se excusa en cualquier cosa. No podía confiar en ninguna confidencia de los amigos más íntimos del gran artista muerto en 1920.

Ni en Montmartre ni en Montparnasse, cuando teníamos treinta años, sentíamos curiosidad por conocer los orígenes de nuestros amigos. La persona bastaba, al diablo la familia. Por ejemplo, sólo treinta años después de la muerte de Guillaume Apollinaire se ha podido saber algo del misterio de su nacimiento, ese nacimiento del que hoy día parece demostrado que ningún prelado fue responsable. Para aclarar ese misterio que el poeta alimentaba socarronamente, no nos había bastado con remitirnos a la madre, la extravagante señora de Kostrowitzky, que recibía con orgu-

llo y en lencería de la *belle époque* al ujier del Vésinet, que pegaba a sus criadas importadas de Alemania. Presenté a Guillaume Apollinaire a mi padre mientras podaba sus rosales en su jardín de Chilles. Mis camaradas de juventud y yo habíamos conocido al señor Abraham Jacob, anticuario y sastre en el quai de l'Odéon, en Quimper, en una ocasión en que vino expresamente de Bretaña a pagar una deuda de su hijo Max en un restaurante de la rue Cavalotti, en las laderas de Montmartre. Las pesquisas familiares nunca llegaron mucho más lejos.

En el momento actual, nadie sabe nada todavía de mi infancia ni de mi adolescencia. Sólo he contado a mis mejores amigos algunas anécdotas de mis veinte años en Rusia. En resumidas cuentas, gracias a nuestra discreción o a nuestra indiferencia, habremos asegurado el pan a los que Stéphane Mallarmé llamaba «los escoliastas futuros». No obstante, aquí tengo el deber de ser todo lo preciso posible en lo que respecta a Amedeo Modigliani. Así que llevé a cabo algunas pesquisas que no me habían inquietado lo más mínimo cuando me encontraba con él en la Rotonde, en el Dôme o en el estudio de Kisling, nuestro amigo común.

En septiembre de 1956, el pintor futurista de 1912 que más tarde se rendiría a la vieja tradición, renovador además del bello arte del mosaico siguiendo la vieja escuela de Rávena, Gino Severini, que en este libro aparecerá más adelante en compañía de Amedeo Modigliani, fue con su mujer Jeanne, hija de Paul Fort, a hacer una visita al señor Umberto Modigliani, en su apartamento de la via Quadronno, en Milán. Gino Severini me dijo: «Me emocionó mucho verle y escucharle, pues se parece extraordinariamente a su hermano. Su forma de hablar, con un ligero acento de Livorno, es idéntica. Si Amedeo continuara viviendo se parecería con toda seguridad al hombre ante el que me encontré ayer. Jeanne también se dio cuenta de este fascinante parecido».

Y ésta es la información irrecusable, puesto que proviene del señor Umberto Modigliani: Amedeo, nacido en 1884, era el más joven de cuatro hijos, tres hermanos y una hermana. La madre tenía antepasados franceses; su apellido de soltera era Garcin, nombre considerado típicamente lyonés pues en los barrios de Lyon hay muchos vínculos entre los habitantes de la ciudad de los cielos de hollín y los industriales milaneses. Una hermana de la madre, tía por lo tanto de Amedeo, vivió siempre en París, pero tiene más de noventa años y no quiere recibir a nadie. Modigliani no nos habló nunca de esa tía parisina; ¿la visitó alguna vez?

El hermano mayor, Giuseppe Emanuele, al que los amigos franceses de Amedeo sólo conocieron después de la muerte del pintor, fue un político célebre en Italia, un socialista que sufrió la persecución fascista. El abogado Giuseppe Funaro, de Livorno, me dijo de él: «Un gran abogado y un mejor diputado».

Botellas de tinta violeta arrojadas a la cara o vaciadas en la ropa, ingurgitación forzada de aceite de ricino, no se ahorraría ninguna de esas bromas políticas que París puso de moda cuando los Camelots du roi,¹ en pleno café Vachette, en el boulevard Saint-Michel, se divirtieron poniéndole la sopa de cebolla por sombrero al viejo Numa Baragnon, antiguo secretario privado del duque Felipe de Orleans, que había permanecido fiel a la tradición de los viejos comités monárquicos, despreciando las nuevas doctrinas maurrasianas.² Se vieron cosas peores después, pues todos los partidos, sin excepción, adoptaron maneras infames, llegando al crimen. No nos queda más remedio que aceptarlo y apretar los puños, si uno no se muere de asco, para morir sin la ayuda de los doctrinarios asesinos.

Profesora de francés, Margherita, la hermana de Amedeo, murió en Florencia durante la guerra.

En cuanto al que nos ha facilitado estos importantes de-

talles, el superviviente, Umberto de Milán, fue ingeniero electricista tras haber estudiado en Bélgica. El único recuerdo que tiene de su hermano Amedeo es un bonito dibujo: una cabeza con influencia del arte negro, lo que permite datarlo en los primeros años parisinos de Modigliani. Este dibujo enviado al hermano mayor curiosamente no está firmado *Modigliani*, ni *Amedeo*, sino *Dedo*, como llamaban al gran artista en su casa cuando era pequeño.

Comerciante que sólo tenía fe en los sacrosantos negocios, aunque no le habían ido bien, el padre de familia Modigliani no veía con buenos ojos que Amedeo se consagrara tan pronto a la carrera artística. Es posible incluso que eso fuera motivo de un serio desacuerdo entre padre e hijo.

Por el contrario, la esperanza de tener un hijo capaz de unir un día su nombre al de los ilustres maestros italianos, esta esperanza pronto convertida en certidumbre por la pasión de una madre, inflamaba el corazón y levantaba el ánimo de la señora Modigliani, hábil en moderar en la medida de lo posible la reprobación paterna.

Adoraba a aquel último hijo, aquel niño espigado de pelo oscuro, con ojos como diamantes negros, aquel hermoso varón que, de Montmartre a Montparnasse, ofrecería a tantos de sus camaradas la apariencia de un atleta, mientras que muy pocos sabían o sospechaban que padecía una implacable enfermedad desde su adolescencia.

Amedeo Modigliani tenía tan buen aspecto cuidándose tan poco que Gino Severini, a quien un día le había confesado los tormentos físicos de su juventud, lo había olvidado completamente.

¿Cómo? ¿Modigliani, con aquella robusta apariencia, no había sido soldado en su país? Conocemos a muchos otros que hicieron trampa, utilizando algunos trucos para evitar el servicio porque aquello no les gustaba, o porque servir